LA NOCHEBUENA

HISTORIETA PARA NIÑOS

POR CRISTO Y LA IGLESIA
SANTA CRUZ DE MUDELA

MADRID
LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA
Caballero de Gracia, 60

35

LA NOCHEBUENA

HISTORIETA PARA NIÑOS

—¡Marchaos y no volváis a parecer por aquí. mientras no tengáis dinero! ¡Si esta noche no me traéis diez reales, podéis ver dónde os metéis: esta puerta no se abrirá para vosotras!

Así gritaba una mujer, de muy mal humor, echando a dos pequeñas niñas a la calle.

Pálida y asustada, la mayor de ellas levantaba las manecitas, diciendo:

—¡Tía, ten compasión, que hace mucho frío! ¡No sabemos a dónde ir, no conocemos a nadie más que a tí en esta ciudad tan inmensa!

—Eso a mí no me importa; no sois mis hijas, y ¿para qué tengo yo que fastidiarme más con vosotras? Tenéis que mirar por vosotras, y ver dónde ganar algo.

E iba a cerrar la puerta de golpe.

—Tía, danos a lo menos nuestras toquillas y abrigos, que nos hizo nuestra mamá antes de morir; porque si no, pereceremos de frío.

—Pues tomadlas; pero quedaos fuera, yo os las tiraré.

Conforme al mandato, esperaron las pequeñas

delante de la puerta: estaban estrechamente abrazadas, y la más pequeña lloraba amargamente.

Al poco tiempo, volaron los abrigos, tirados por la puerta entreabierta a la calle, que estaba cubierta con una espesa capa de nieve.

—¡Ahí los tenéis!—gritó una voz chillona—. Ahora marchaos pronto; si no, voy a coger un palo y os enseñaré a correr.

Con toda prisa levantó la niña mayor las toquillas y los abrigos; su primer cuidado fué abrigar a su hermanita lo mejor que pudo, aunque ella misma tiritaba de frío.

—Así ya lo podrás pasar mejor, Berta—dijo, tratando de consolarla—; no llores, el buen Dios nos ayudará.

Luego se puso su propio abrigo de prisa, pues la amenaza de su tía sonaba aún en sus oídos, y sabía demasiado, por experiencia, que la cruel mujer ejecutaría lo que había dicho.

—Ven—decía con ansia, cogiendo la mano de su hermanita—; tenemos que marcharnos.

—¿Pero a dónde vamos, María?—dijo Berta, mientras sus lágrimas cesaron por un momento.

—Yo no lo sé, pero el buen Dios lo sabe—fué la contestación; y sus ojos azules se levantaron con confianza hacia el cielo.

* * *

En la primavera anterior, el padre de estas niñas, ya difunto, había llegado a Dresde. Era albañil, y como los tiempos eran malos y no encontraba trabajo en su pueblo, oyendo hablar a menudo de las

grandes casas que se edificaban en la ciudad, quiso probar fortuna. Era triste, es verdad, el tener que separarse de su mujer e hijos; pero esperaba que si le iba bien, pronto les podría mandar dinero para que fuesen a reunirse con él.

Al principio todo iba bien; encontró trabajo, y abrigaba la esperanza de verse pronto rodeado de los suyos. Había alquilado un cuartito en casa de su hermana, viuda, que vivía allí. Esta tenía un corazón frío y duro, y no podía de ninguna manera suplir a la querida esposa y a las amadas niñas en el corazón de su hermano.

Al fin del verano ya había ganado el dinero suficiente para pagarles el viaje; pero apenas se lo hubo mandado cuando enfermó. Cuando llegó su esposa con las niñas, estaba el padre tan malo que no las conoció, y murió a los diez días. Apenas la madre de las niñas había cerrado los ojos a su querido esposo, tuvo que meterse en cama, pues la misma fiebre tifoidea que había llevado al padre, se apoderó de ella, y a los pocos días las niñas se quedaron también sin madre, y solitas en el mundo.

A la hora de la muerte, la pobre madre había encomendado sus niñas a su cuñada, y con tanta ternura le suplicó que cuidase de sus pobres pequeñas, que hasta el corazón duro de aquella mujer se había enternecido por el momento. Pero esto no duró mucho, y las niñas tuvieron pronto ocasión de notar que eran molestas para su tía, y que ésta deseaba verse libre de ellas. Y hubieron de apercibirse de ello aún más claramente, al principio del invierno crudo, cuando todos los comestibles se pusieron más caros.

Aquel día había venido una cuenta que importaba diez reales, y la tía no sabía de dónde sacar los cuartos para pagarla; entonces esta mujer sin corazón arrojó a las niñas de la casa, mandándolas a buscar el dinero, si querían seguir viviendo con ella.

¿Pero a dónde ir en una ciudad tan grande? Bien podía preguntarlo la pequeña Berta a su hermanita la mayor.

—¡Yo no lo sé, pero Dios lo sabe!

La firme fe infantil había encontrado la única verdadera contestación.

—¿Nos lo dirá El mismo?—preguntó Berta;—¿bajará a la tierra para hacerlo?

—¡No, no creo eso! Te contaré mi sueño de esta noche. ¡Oh, ahora sé por qué lo he tenido!

Iban andando por las calles estrechas sin saber a donde; María tenía la pequeña mano de su hermanita estrechada entre las suyas para calentarla.

—Ya sabes—empezó diciendo—cómo la tía nos maltrató anoche más que de costumbre; ¡lo peor era que a ti te pegara tanto! Eso me parecía mucho peor que si me lo hubiera hecho a mí, pues sé cuánto lo hubiera sentido nuestra madrecita, ya que tú eres la más pequeña. Cuando tú ya estabas acostada, y la tía estaba fuera en la cocina, yo me metí en un rincón del cuarto y oré de todo corazón para que el buen Dios nos ayudase. Nosotras somos huérfanas; y cuando madre murió, dijo que Dios cuidaba más aun de los niños huérfanos que de los otros, y que El se llama el padre de los huérfanos. Yo sé que lo que Dios dice es verdad, y que lo que Dios

ha prometido también lo cumplirá. Estaba pensando tanto en esto, que no noté que la tía entraba, hasta que me dió un puntapié y me riñó por no haberme acostado todavía.

Entonces me puse muy triste; me acordé de cuán diferente era todo en otro tiempo, cuando madre vivía y estábamos en nuestra casa; cómo ella misma nos desnudaba y lavaba, cómo muchas veces nos besaba y nos llamaba "¡hijas de su corazón, su único gozo!" Y después nos hacía arrodillarnos en nuestras camitas y orar antes que ella nos diera las buenas noches, y luego nos tapaba bien. Lloraba amargamente con estos recuerdos, pero sin hacer ruido, para que la tía no me oyese. Debí quedarme dormida, pues de repente se me figuró que había una figura blanca al lado de nuestra cama; brillaba como la luna cuando entra por nuestra ventana de noche. Y al mirarla la reconocí, y vi que era madre.

—¡Madre!—le interrumpió Berta admirada.—¿Era ella de veras? ¡Oh! ¿Por qué no me despertaste para que yo la hubiera visto también? ¡Tengo tanta gana de volver a verla otra vez!

—Era un sueño—contestó María—¡no te lo podía decir! Si ella era en verdad, no lo sé, aunque lo creo; pero escucha. Cuando la conocí, extendí mis brazos hacia ella. ¡Oh! No he sido tan feliz desde hace mucho tiempo. ¡Madrecita, madrecita! ¿Eres tú? ¡Cuánto me alegro de que vengas ahora!

—Sí, hija mía—me dijo—, siempre estoy cerca de vosotras; Dios me manda para guardar a mis queridas niñas de todo mal.

—Madre, ¿luego ves también cómo la tía nos maltrata? ¿cuán severa es con nosotras? ¿cuán cruel? No pude decir más, porque su hermosa cara se había puesto muy triste.

—Lo que Dios deja pasar está bien ordenado. El tiene propósitos sabios en todo. No temas, ten confianza en El, y cuando una vez lleguen las cosas al punto que no sepas qué hacer, entonces pregúntaselo a El, y El te lo enseñará; pues El puede hacerlo todo, y es su placer el bien.

Y cuando había dicho esto, extendió las manos sobre nosotras y desapareció. Me parecía que el corazón se me partía; llorando la llamaba, pidiendo que se quedase. Debo de haber llorado en el sueño, porque me desperté, y noté que alguien me sacudía con violencia por el hombro; me senté en la cama, y vi a mi lado a la tía; la conocí perfectamente por la clara luz de la luna.

—¡Que niña más mala!—gritó—no me dejas descansar ni de noche siquiera; me has despertado con tu gritería; ¡tú mereces un castigo!

Me sacó de la cama y me puso en un rincón del cuarto, en donde no tenía más abrigo que mi camisita de dormir.

—Ahí te quedas hasta que te permita volver a la cama—dijo, y se acostó.

—¡Oh! ¡Cuánto frío hacía y qué oscuro era aquel cuarto!, porque la luna se había retirado detrás de una nube; tiritaba de frío y de miedo. Después de un rato, sentí a la tía roncar; se había vuelto a dormir; quizás no volvería a despertar hasta la mañana, y antes yo podía haberme muerto de frío.

—Luego sentí como una voz que me decía: ¡Acuéstate! Al principio no tenía valor, pero me escurrí con mucho cuidado; siempre volviendo a escuchar, si mi tía no despertaba; y por fin me eché en la cama a tu lado. Tan triste como antes, ya no podía volver a estar, pues madre había dicho que el buen Dios nos ayudaría. Ahora tía nos ha echado de la casa, y no sabemos a dónde ir para buscar dinero; pero el buen Dios nos lo enseñará.

Mientras duró el relato, habían llegado a una calle más concurrida y más ancha, donde había tiendas. La gente andaba de prisa, llevando paquetes, preparándose para la fiesta de la noche, pues era la víspera de Navidad, y a las pocas horas empezaría a celebrarse la Nochebuena.

Allí tenían las niñas mucho que mirar; pocas veces habían andado por aquella parte de la ciudad, y aun entonces, siempre acompañadas por su tía, que nunca les había permitido detenerse. Iban de una tienda a otra, y se habían olvidado de todo, hasta que empezó a oscurecer. Entonces María se asustó.

—¡Va a hacerse de noche y no tenemos ningún dinero!—exclamó.

Berta empezó a llorar otra vez.

—¡Estoy muy cansada y tengo mucha hambre!... ¿Qué haremos?—sollozaba.

Esta vez María no supo qué contestar; porque de pronto se acordó de lo que su madre le había contado de una niña desobediente, que fué al monte en invierno y se perdió en la nieve, y al día siguiente fué encontrada muerta de frío.

—No puedo andar más—dijo la pequeña llorando.—Y se sentó en el escalón de una casa.

María quedó en pie.

—¡Pasa tanta gente!—decía—; ellos nos darán algo.

Una señora, ricamente vestida, con un criado detrás, que llevaba una cesta grande, pasó entonces. María se acercó a ella.

—¡Señora, deme usted algo, por Dios!—dijo.

—¿No tienes vergüenza de pedir limosna?—dijo la señora.—¡Vete a trabajar!—y se marchó de prisa.

Con la cara encendida volvió María a su hermanita. Algunas personas más pasaron, pero no tenía valor para hablarles.

—¿Es de veras una vergüenza el pedir limosna? se preguntaba.—¿Qué otra cosa puedo yo hacer?

Entonces se acordó de las palabras de su madre en el sueño, cruzó las manecitas, y oró, mientras la pequeña Berta seguía sollozando.

* * *

En aquel momento pasó por allí un chico de unos catorce años, con las manos en los bolsillos y silbando alegremente. Se quedó parado delante de las niñas, mirándolas con curiosidad:

—¿Qué tenéis vosotras?—preguntó—; ¿por qué estáis tan tristes?

María levantó la cabeza, pero sus manos quedaron cruzadas.

—No tenemos dinero—contestó triste.

—A muchos les pasa lo mismo—dijo.—Yo tampoco tengo dinero, pero trato de ganarme alguno.

—¡Oh! eso quisiéramos también nosotras, pero no sabemos cómo.

—¡Vosotras ganar dinero! ¡vosotras, tan chiquititas! ¿cómo sería eso posible?

—Eso es justamente lo que no sabemos; pero Dios lo sabe—contestó María.—El lo sabe todo.

Y los claros ojos infantiles se dirigieron hacia el cielo.

El muchacho la miró compasivo, no comprendiéndola bien.

—¿Qué quieres decir?—siguió preguntando.

Su cara era tan bondadosa, su voz tan amable, que María tuvo valor para contarle todo lo que había dentro de su corazón: le habló de la muerte de sus padres; de su cruel tía; de su sueño de la noche anterior, y cómo ahora habían sido echadas a la calle, y no debían volver a casa hasta que hubieran ganado diez reales.

—¡Diez reales!—El chico silbó fuertemente.—¡Es mucho dinero! De dónde lo vais a sacar antes de la hora de dormir, no lo sé.—Mas las palabras de la niña volvieron a su memoria.—¿Y tú crees de veras que Dios lo sabe y os ayudará?

—¡Sí, por cierto!—contestó María sin vacilar.

—Pues yo os diré una cosa: —dijo el chico—venid conmigo, voy a casa de mi abuelo, podéis acompañarme. He hecho buen negocio hoy, y he vendido todos mis figurones de ciruelas en el mercado de Navidad e iba a buscar más. Vosotras podéis comprar algunos también, y poneros conmigo en mi puesto para venderlos; sois tan pequeñas ¡pobrecitas! que quizá la gente os dé más que a mí por com-

pasión, y puede ser que ganéis bastante dinero aún esta noche. Daos prisa, pues ya he perdido mucho tiempo.

María lo detuvo, cogiéndole por el brazo:

—¿Cómo podremos comprar algo—exclamó con los ojos muy abiertos—si no tenemos ningún dinero?

—¡Es verdad!—contestó su protector admirado—; pero luego continuó más tranquilo—: yo os prestaré, y cuando hayáis vendido vuestros figurones me pagaréis algo de lo que hayáis recibido.

Los ojos de María brillaron.

—¡Oh, muchas gracias!—dijo. Luego se paró.—¿Y si no los vendemos?—añadió.

—Eso sería una desgracia, en verdad—contestó el chico—; pues de este dinero tenemos que vivir mi abuelo y yo en los días de fiesta, cuando yo no gano nada. Pero yo no puedo dejaros perecer de frío y de hambre, y tú dices que Dios os ayudará.

En esto el frío se hacía sentir mucho más. Los muchachos, que estaban barriendo las calles, se paraban de vez en cuando y soplaban fuertemente en sus manos para calentarlas. Pasaba un carrito tirado por un borrico, que se dirigía al mercado de Navidad; y había sobre él muchos abetos de diferentes tamaños que debían servir de árboles de Navidad. Los niños se pararon un momento para contemplarlo. Luego dijo el muchacho, en quien el relato de su joven amiguita había hecho mucha impresión:

—¿Confías, pues, que Dios no te abandonará?

—¡Si, esa es la verdad!—exclamó la voz de la niña con entonación alegre.

—Pues bien, iremos a mi abuelo; vamos pronto.

—¿Pero te permitirá hacerlo?—preguntó María, pensando en su tía.

—¿Que si mi abuelo me lo permitirá?

El chico se rió alegremente.

—Si tú lo conocieses no me lo preguntarías; él no sabe rehusar nada a nadie; él daría su último pedazo de pan; yo también soy huérfano como vosotras, pero en esta situación me ha ido mejor, pues vivo con mi abuelo y de él sólo he recibido bien, y ahora me alegro podérselo devolver.

Habían entrado en un callejón estrecho, y se encontraron delante de una casa alta y ruinosa.

—Tenemos que bajar por esta escalera—dijo el chico, cuando habían entrado en el portal—; nuestro cuartito está debajo de tierra, y la luz del día sólo entra por dos ventanitas que están muy altas, cerca del techo.

Llevó a las niñas al pequeño cuarto, y ellas le siguieron algo cortadas. En cuanto entraron, miraron con curiosidad alrededor de ellas en el cuarto. En el fondo, al lado de la estufa, estaba sentado en un sillón bastante usado, un anciano con el pelo blanco y una cara sana y bondadosa. Un perro, que estaba echado en el suelo a sus pies, se levantó, y con las orejas tiesas gruñó, amenazándolas.

—¡Quieto, *Nerón,* son amiguitas! — le dijo el chico.

El animal, juicioso, le salió al encuentro, moviendo la cola de gozo; entonces corrió hacia las extrañas y las olió. Sus sospechas parecieron tranquilizarse, pues María le hizo caricias, y lo sufrió.

—¿No vienes solo, Martín?—dijo el anciano;—¿a quién traes contigo?

—Dos niñas pequeñas, que encontré llorando, sentadas en el escalón de una casa, en la calle.

—¡Sentadas en la calle con este frío!—le interrumpió el anciano—; niñas, ¿qué edad teneis?

—Yo tengo nueve años y Berta seis—fué la contestación.

—¡Pobres, pobres niñas!—dijo el abuelo cariñoso—; ¡tan pequeñitas! ¿Pero cómo habeis querido salir de casa con este frío?

El chico contó lo que María le había dicho.

Mientras tanto, la pequeña Berta se había acercado al anciano y le miraba fijamente a la cara. Cuando su pequeño protector calló, ella preguntó curiosa:

—¿Por qué tienes los ojos siempre cerrados?

—¡Berta!—gritó María—¿Cómo preguntas tal cosa?

—Déjala—dijo el anciano, y su venerable cara brillaba de bondad—; no abro los ojos porque estoy ciego.

—¡Ciego!—María juntó las manos espantada.

—Sí, niña, ciego; pero eso no es una cosa tan terrible; tengo que dar muchas gracias a Dios que me dejó la vista por tanto tiempo, pues sólo hace un año que la perdí después de una enfermedad, y entonces Martín tenía apenas catorce años y ha podido ganar dinero; de manera que no hemos sufrido ninguna necesidad.

—Pero, ¿no puedes ver nada?

—No, ni un rayo de luz siquiera.

—¿Qué haces cuando Martín está fuera, y tú estás solo?

—No estoy solo; pues *Nerón* está conmigo, y me cuida casi tan bien como una persona.

—¿Pero cómo puede él hacer esto?

—Eso lo veréis alguna vez—exclamó Martín orgulloso.—Si mi abuelo sale, pone una cadenita al cuello del perro, y sólo tiene que decir a dónde quiere ir, y le lleva allá con seguridad. Mi abuelo tiene un bastón, con el cual puede palpar si el camino es llano o si hay algún escalón por medio. Cuando yo estoy fuera, el perro no deja a mi abuelo ni por un momento; está siempre echado a sus pies, y se levanta sólo de vez en cuando para lamerle la mano y demostrarle cuánto le ama. Cuando el abuelo estaba malo, hace dos meses, y no podía levantarse, yo enseñé a *Nerón* a llevarle la comida, pues no podía siempre volver al medio día, cuando estaba trabajando. Ponía yo la comida cerca de la estufa en un puchero, que tenía un asa encima, y cuando el abuelo la pedía, en seguida *Nerón* corría a la estufa, cogía el asa del puchero con los dientes y lo llevaba a la cama.

Las niñas miraron al perro admiradas, y éste parecía comprender muy bien que se hablaba de él, pues movía su cola muy contento. Nadie podía decir que *Nerón* fuera hermoso, pues su pelo, antes negro, estaba muy descuidado y rojizo en muchas partes; nunca había sido peinado y pocas veces debía haberse bañado; pero sus ojos negros eran grandes y brillaban como dos diamantes entre el pelo

largo que caía por su cara, y en ellos se podía leer la fidelidad que demostraba para con su amo.

—Pero ahora tengo que darme prisa—exclamó Martín—para que podamos volver pronto al mercado. Por la noche viene más gente, y tengo aún que arreglar mis figurones de ciruelas. Abuelo, ¿no crees tú también que puedo dejar algunos a las niñas? De seguro que la gente les dará más a ellas, porque son tan pequeñas y tan monas, y yo les cobraré la misma cantidad que yo recibo por los míos.

—Aunque tengamos menos dinero en los días de fiesta—continuó Martín—, no pasaremos hambre, ¡y me dan tanta lástima!... Figúrate: si no llevan dinero, su cruel tía no las dejará entrar en casa. ¿Qué te parece, abuelo?

—¡Sí, desde luego hay que ayudar a las pobrecitas!

—Bueno, abuelito, me pondré en seguida al trabajo.

—Oye, Martín, si las niñas no ganan diez reales, y apenas puedo creer que los ganen, porque es mucho dinero, entonces tráelas otras vez aquí; habrá un rinconcito para ellas; tú te metes conmigo en la cama, y les dejas la tuya.

—Pero, abuelo, ¿tendremos bastante para comer mañana y pasado? Yo puedo pasar con poco; ¿pero y tú?... ¡te hace tanta falta un gabán nuevo!

—¡No tengas cuidado, hijo querido! La buena señora ha mandado hoy comestibles para estos días de fiesta; una criada trajo hace poco una cesta llena: allí está en el rincón.

Dando un grito de alegría, corrió Martín hacia

el rincón; allí se encontraba un buen pedazo de carne de vaca y varios paquetes con arroz, harina, café, azúcar, judías y tres botellas de vino.

La cara del chico brillaba de gozo, miró a las niñas y volvió pensativo, pues se acordaba de las palabras de María, que le habían hecho tanta impresión antes.

Las niñas se acercaron llenas de gratitud al anciano, cogieron cada una una mano y la besaron con ardor.

—¡Oh, gracias!—dijeron sollozando—; ¡Dios lo bendiga a usted!—añadió María.

—¿Qué es eso, pequeñas? no tenéis que darme las gracias; nosotros los pobres sabemos lo que es pasarlo mal, y estamos prontos a partir con otros más pobres lo que tengamos. Antes de marcharos, debéis comer algo; hay pan todavía. ¡Ahora, Martín, date prisa, para no perder el tiempo oportuno.

—Sí, abuelo, así lo haré—dijo el muchacho, y sacó del armario sus figurónes de ciruelas. Curiosas se acercaron las niñas.

—¡Con que son éstos!—exclamó María.

—¿Nunca has visto ninguno?—preguntó Martín admirado.

—No, en nuestro pueblo no los hay.

—Aquí siempre se venden por Navidad.

—¿Y tú lo sabes hacer?

—Sí, naturalmente; no es difícil.

—¡Parecen unos limpia-chimeneas! — exclamó Berta.

—Sí, así es. Ved, aquí tengo estos palitos; en ellos meto las ciruelas, de manera que figuren un

hombre; les pongo un pedacito de madera debajo, les coloco la escalerita y una escoba; se les pone un trapo en la cabeza y el limpia-chimeneas está ya listo.

Trabajaba a prisa mientras hablaba, y las pequeñas le miraban asombradas; ¡hasta *Nerón* se puso de patas en la mesa para ver mejor lo que pasaba!

* * *

Aquella misma tarde, en una sala grande y elegante, donde no se veía nada de la alegría que traía la fiesta de Navidad y que reinaba en todas partes, se hallaba sentada una señora vestida de luto riguroso. Había una expresión de honda pena en su cara pálida y hermosa, y gruesas lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. Estaba tan sumergida en su dolor, que no notó que la puerta se abrió; tres caras infantiles miraron adentro, y se fijaron con curiosidad en su madre. En este momento, la señora extendía sus manos hacia un gran cuadro, un retrato que estaba colocado en la pared. Los pequeñitos sabían que era el retrato de su padre, que había muerto hacía dos meses.

—¡Enrique! ¡Enrique!—exclamó la madre llena de dolor—¿Cómo puedo yo estar alegre en la fiesta, ahora que tú ya no estás conmigo?—y sollozaba más fuerte que antes.

Los niños se habían acercado sin hacer ruido, y miraban tristes a su madre; muchas veces la habían visto llorar en las últimas semanas. El pequeño Enrique, que tenía doce años y era el mayor de los tres, la abrazó cariñosamente, y le dijo:

—¡Mamá, yo quisiera consolarte; soy tu hijo mayor!

Sorprendida la señora, se volvió hacia él, y su cara se iluminó.

—Sí, querido hijo—dijo ella—, tú me consuelas en lo que puedes; tengo mucha razón para dar gracias a Dios que me os ha dado, mis queridos hijos. Sabéis que ahora hace ocho semanas que vuestro padre nos dejó; él se había mostrado tan contento, pensando en esta fiesta de Navidad, que muchas veces habíamos hablado de cómo la íbamos a celebrar. En su lecho de muerte me pidió que lo hiciese todo como lo habíamos pensado, y que por su muerte no debía hacer diferencia ninguna.—Los niños deben comprender bien—me dijo—cuán alegre es la fiesta de Navidad, en la cual celebramos la venida de nuestro Salvador a nuestra tierra, y cómo nació hombre para morir por nosotros en la cruz. Ahora siento, por primera vez, cuán grande es la bendición que El nos ganó con su muerte, y que sólo por ella me es posible morir con gozo, pues El me ha abierto el cielo.

—Hijitos—añadió la madre—, ya os podéis figurar que me es muy difícil el alegrarme, cuando hace tan poco tiempo que he perdido a vuestro padre; pero él lo quiso así, y yo comprendo que tenía razón. Por Navidad, todo el mundo debe estar gozoso; de manera que haremos todo esta noche, lo mismo que en otros años.

—¿Y no es verdad, mamá, que iremos al mercado de Navidad, como el año pasado?—preguntó Elisa, la más pequeña de los tres y la única hija.

—Sí, corazón mío; ¿qué queréis comprar allí?

—¡Un caballo grande mecedor!—exclamó Leopoldo, y sus ojos negros brillaron de alegría.

—Y yo una muñeca tan grande como yo misma —dijo Elisa.

—¿Y tú, Enrique, no dices nada?

—Yo quisiera comprar unos libros que hablan de viajes, que he visto en los escaparates de las librerías.

—¿Y cuánto dinero váis a gastar en todo esto?

—Sabes, mamá, que la abuelita nos mandó a cada uno un duro nuevo; y dijo que debíamos comprar con él lo que más nos gustase.

—Y además—dijo Elisa afanosa—, tenemos muchísimos céntimos en nuestras huchas; sabes que es el premio por habernos levantado tempranito.

—Sí, es verdad, que teníais muy poca gana de levantaros a tiempo; y muchas veces recibí quejas de que llegabais tarde al colegio. Entonces os prometí, para cada día de la semana que os levantaseis a las seis y media en punto, cinco céntimos; desde aquel día va mejor.

—Ya lo creo—interrumpió Leopoldo a su madre—; y vale la pena, pues hacen treinta céntimos en la semana; así puede uno hacerse rico.

—¿Y todo esto lo queréis gastar hoy en el mercado de Navidad?

—¡Sí, sólo que... no sabemos aún lo que compraremos!

—¡Sois unos niños dichosos! Tenéis tanto dinero, que no sabéis qué hacer con él—dijo la madre, tomando a su hijita sobre sus rodillas, y apartando

el cabello rubio de la carita, encendida de alegría— ¡Esto no pasa a todos! En esta ciudad tan grande, de seguro que hay muchísimos niños que no saben esta noche lo que comerán mañana, ni de qué se vestirán.

—¿No saben lo que mañana, día de Navidad, comerán ni vestirán?

—Mamá—preguntó Enrique asombrado.—¿Por qué no se lo dan sus padres?

—Porque no tienen dinero. ¡Oh! de seguro que quisieran hacerlo, y quizás piden de todo corazón a Dios que les mande algún dinero, para que ellos puedan también pasar la sagrada fiesta de Navidad alegremente.

El pequeño Enrique se había puesto muy serio y pensativo, parecía que luchaba consigo mismo: luego levantó su carita seria hacia su madre:

—Mamá—dijo—¿crees tú que yo debía dar mi dinero a tales niños? ¿Sabes? al principio me era difícil pensarlo, porque hace tanto tiempo que deseo tener aquellos libros; pero los niños de quienes tú hablas, necesitan comida y vestidos, que es más que los libros.

Enternecida abrazó la madre a su hijito.

—¡Dios te bendiga por tal pensamiento!—dijo con voz conmovida—; ¡sí, Enrique, tú harás mucho mejor en gastar tu dinero así! ¿Ves? ya te dije que aquellos padres estaban quizás pidiendo al Señor ahora que les ayudase a ellos y a sus hijos, y el Señor toca aquí y allí algún corazón, para que socorra a aquellos pobres. Si tú lo haces, lo haces por Dios, que ha hecho tanto por nosotros, y de quien

viene todo lo que tenemos. Para esto El ha hecho a algunos ricos y a otros pobres, para que sirvan los unos a los otros, y para que el amor cristiano florezca.

—¡Yo quiero hacer algo por Dios también!—exclamó Elisa, y sus ojos azules brillaron.

—¡Yo también, yo también!—gritó Leopoldo alegremente.—Siento, es verdad, no tener el caballo mecedor; pero si otros niñitos se ponen alegres, pronto lo olvidaré.

Desde la muerte de su esposo no se había sentido la señora tan dichosa como ahora, abrazando a sus tres hijitos queridos.

—¿Pero a qué niño lo daremos?—preguntó Enrique—. ¿Sabes algo, mamá? Tú decías que el buen Dios había tocado nuestros corazones, porque los padres de los niños se lo habían pedido, ¿no nos enseñará también a quiénes debemos ayudar?

—Sí, hijo mío, lo hará; se lo pediremos de todo corazón. Ahora decid a Isabel que os vista para salir; ya es tiempo que vayamos al mercado de Navidad; si no, será tarde para encender nuestro árbol.

No esperaron los niños que se les mandase por segunda vez. Elisa y Leopoldo fueron corriendo; el serio Enrique los seguía más despacio.

* * *

Mientras tanto, Martín había llevado a las dos niñas al mercado de Navidad, donde estaban los puestos todos iluminados, y donde él también tenía su sitio. Ya era de noche cuando llegaron, y el frío

era más fuerte; en el cielo claro brillaban las estrellas y por el Este se levantaba la luna llena. El chico encendió su lámpara en seguida, para que los transeúntes pudieran ver su mercancía. Dividió su ejército de figurones de ciruelas en tres partes, y cada uno de los tres niños se puso detrás de los suyos. Martín había puesto la tabla que había usado por la mañana debajo de los pies de sus pequeñas protegidas, y las había envuelto en dos mantones, que su abuelo le había mandado sacar del baúl de su difunta madre, para que las niñas no tuvieran tanto frío.

La luz de la lámpara caía sobre las pequeñas figuras así envueltas; las caritas infantiles miraban por entre sus toquillas azules, y sus ojos se fijaban curiosos en todo lo que había a su alrededor. Les parecía que habían entrado en un nuevo mundo; por todas partes veían hermosos puestos con cosas bonitas y muy bien iluminadas. En frente de ellas había un puesto de juguetes, y siempre volvían a pasar sus miradas por las magníficas muñecas ricamente vestidas, que se encontraban puestas de pie, una al lado de la otra. ¡Oh, qué dicha el poseer tal muñeca! Estas debían ser destinadas para las princesas. Los que las compraban debían de ser gente riquísima. Mucha gente pasaba; pasaban señoras muy bien vestidas, llevando de la mano a niños con bonitos juguetes, que su mamá les había comprado.

María y Berta miraban, y se olvidaron enteramente del frío y de que nadie preguntaba por sus figurones de ciruelas. Estos estaban todos en sus sitios; sus ojos de oro brillaban a la luz de la lám-

para; parecía como que miraban con ansia, esperando algunos compradores.

A la luz, que se movía con el aire, parecían mover sus escobas llenos de impaciencia.

Por fin, la pequeña Berta quedó quieta, y las lágrimas asomaron a sus oscuros ojos. María lo vió.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—¡Hace mucho frío! ¿debemos quedarnos siempre aquí?—contestó la pequeña con voz llorosa.

—No comprendo esto—dijo Martín.—¡Esta mañana vendí tantos!

María se había vuelto, como una madre cuidadosa, hacia Berta.

—¿Tienes las manecitas frías?—preguntó.

La hermana hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¡Pues dámelas, yo te las calentaré!

Y trataba de calentar los deditos encarnados con el aliento de su boca, dándoles después una fricción fuerte. Su corazón estaba triste. ¿Qué harían, si no podían ganar algún dinero? Miró hacia el cielo, como tantas veces lo había hecho en aquel día, y vió las estrellas; las estrellas, encima de las cuales moraban ya sus padres con el buen Dios. Las palabras de su madre le volvieron a la memoria: "*El es el Padre de los huérfanos.*"

—Un padre no puede desamparar a sus hijos—se dijo María, y se sintió con nuevo valor.

* * *

En aquel momento, se acercó al puesto una señora vestida de luto, y acompañada por tres niños.

—¡Oh, aquí viene la buena señora!—exclamó Martín alegre—de seguro nos comprará algunos.

La señora fué directamente a su puesto.

—Buenas noches, Martín—dijo con amabilidad; —¿has vendido mucho? Lo creo así, pues eres un muchacho bueno, y tratas de ganar para tu abuelo.

—Esta mañana me fué muy bien, señora—contestó Martín triste—; ¡pero esta noche no he vendido ni una figura de ciruelas! ¡Y nos hacía tanta falta para estas pobres niñitas!

Sorprendida, miró la señora a las niñas, las cuales tenían los ojos fijos en ella.

—¿A quiénes tienes ahí, Martín? ¿Quiénes son esas pequeñas?

Martín lo contó todo. Los niños de la señora se acercaron lo más posible al puesto para escuchar, y sus caras se ponían cada vez más tristes.

—¿Y si no ganáis diez reales, la tía mala no os deja entrar en casa?—preguntó Enrique indignado.

María meneó tristemente la cabeza. Elisa casi lloraba.

—¡Oh, mamá! perecerán en la nieve, y los pajaritos las cubrirán con hojas como en la historia que tú me contabas.

—No, —le interrumpió Martín decididamente—tan mal no lo pasarán: mi abuelo me mandó llevarlas otra vez a casa, si no ganaban dinero suficiente; dijo que se encontraría un rinconcito para ellas, y podían comer de lo que la buena señora nos mandó—dijo el muchacho, mirando lleno de gratitud a la señora.

—¡Qué bueno es el abuelo! — dijo la señora— yo...

Y calló, porque una manecita le había tocado.

—Mamá, —dijo Enrique en voz baja—¿crees que éstos son los niños para los cuales Dios nos tocó en los corazones? ¿Les daremos nuestro dinero?

Aunque hablaba muy bajo, sus hermanitos le habían entendido.

—¡Oh, sí, mamá, permítenos hacerlo!—exclamaron juntos—¡permítenos dárselo todo a ellas! ¡Esto será mucho mejor que un caballo mecedor! ¡Esto será mucho más bonito que el comprar una muñeca!

—¡Sí, hijos míos, tenéis razón; dejadme obrar. Ya os enseñaré cómo podéis emplear mejor vuestro dinero! Ahora no debéis quedaros quietos aquí con el frío que hace.

Y dijo entonces a Martín:

—Os compro todas vuestras figuras de ciruelas; mételas en una cesta y llévalas a casa, y lleva a las niñas también. Allí me podéis esperar; tengo bastante que hacer antes de volver. No tengáis miedo, pobres huerfanitas. ¡Desde ahora no os maltratarán!

Berta daba palmadas de alegría; toda su carita brillaba de gozo. María miraba hacia el cielo, sabía que primeramente debía dar gracias a Dios; su madre había tenido razón: "¡Él era de veras el Padre de los huérfanos!"

... ...

Más tarde, aquella noche, todos los pequeños se reunieron alrededor de un brillante árbol de Navidad; se había encendido muy tarde, porque la señora había estado mucho tiempo fuera, y cuando volvió, aún tenía mucho que arreglar.

Martín y las niñas debían esperarse; ya habían cenado muy bien en la cocina, bien caliente. Por fin, los niños de la buena señora vinieron a buscarlos y los llevaron a una antesala.

—Ahora, tened cuidado, pronto oiréis la campanilla—exclamaron Elisa y Leopoldo, señalando hacia una puerta—; entonces entraremos.

—¿Pero, nosotras no?—preguntaron las huérfanas sorprendidas.

—Sí, naturalmente, para vosotras hay...

—¡Tú, habladora!—interrumpió Leopoldo a su hermanita—¡las niñas nunca saben callar!

¡Cuánto tiempo pasaba! Los pequeños creían que la puerta nunca se iba a abrir; pero cuando, por fin, la campanilla sonó, no sabían de qué manera habían llegado dentro; tan deprisa corrieron llevando a las huérfanas de la mano. Atónitas quedaron éstas delante del árbol grande y hermoso, y creyeron que estaban en el cielo; ¡había tanta luz y hermosura alrededor de ellas! María pensaba a cada momento que iba a ver a su madre, como la había visto en su sueño. La señora las llevó, y a Martín, a tres mesas, mientras que sus propios pequeños ya habían ocupado las suyas.

—Esto os ha traído el Niño Jesús—les dijo con cariño.

Las huérfanas eran incapaces de hablar una palabra.

—¿Es el gabán para el abuelo?—exclamó Martín, fuera de sí, con alegría.

La señora dijo que sí, sonriéndose.

—¡Oh! lo necesita mucho. ¡Su gabán de los domingos está ya tan malo!

—Sí, el Niño Jesús lo sabía. Y para tí ha traído este traje de abrigo.

Las niñas quedaron mudas delante de sus hermosos y útiles regalos, demasiado contentas para hablar, y ¡qué alegría! ¡también había una muñeca entre ellos! más hermosa que ninguna de las que habían tenido en su vida. Era una dicha como nunca habían experimentado.

—Niños—dijo la señora—¡venid todos aquí!—y se sentó en una butaca.

Sus pequeños se acercaron a ella; Martín y las niñas se pararon delante.

—Os he dicho que no debíais ya tener miedo—dijo a las dos pobres niñas—; ahora os diré lo que he hecho para vosotras. He ido a ver a vuestra tía. Por esta razón os pregunté antes sus señas.

Berta se acercó a su hermana, llena de miedo, como buscando protección; ésta mudó de color.

—¡No, no tengáis miedo, ya no os puede hacer nada! Yo la pregunté cómo podía ser tan cruel para echar a la calle a las hijas de su propio hermano, y le dije que se había mostrado indigna de teneros a su lado, y que yo me comprometía a cuidar de vosotras. Entonces pareció que sentía el que no os quedáseis ya con ella; supongo que esperaba sacar dinero por vosotras, y se negó a darme su consentimiento. Entonces le dije que si no me lo daba, yo informaría a la policía de cómo os había maltratado, y se calló. Le he dicho que si alguna vez ella se metiese con vosotras, lo haría.

—¡Qué mujer más mala!—exclamó Elisa.—Yo quisiera pegarla.

—¡No, hija mía; debemos tenerla lástima, pues la que no tiene amor en su corazón es digna de lástima! Debemos pedir a Dios que Él toque en su corazón duro. Por lo pronto, quedaréis con nosotros, mis queridas niñas, hasta que yo pueda procurar la entrada para vosotras en una casa de huérfanas; conozco una donde quisiera meteros, porque la madre de la casa es muy buena. Todas las niñas la quieren y le están agradecidas, y también las que están ganándose la vida fuera de la casa tienen en ella una madre cariñosa, que siempre está pronta a ayudarlas con consejos y con obras. Allí estaréis muy bien, y recibiréis una educación que os hará posible más tarde el ganar vuestro pan honradamente.

—Mamá—dijo Enrique en voz baja—¿y nuestro dinero?

—Sí, en esto he pensado; María y Berta necesitarán muchas cosas cuando entren en la casa de huérfanas; vosotros lo podéis comprar todo y regalárselo.

—¿Nosotros comprarlo? ¿De veras nosotros mismos?

La madre lo afirmó con una sonrisa alegre.

—¡Oh, qué alegría! ¡Nosotros mismos lo compraremos todo para vosotras!

La niña mayor había cogido la mano de la señora y la besaba. Después se volvió hacia los niños.

—¡Gracias, gracias!—balbuceó.—Berta, ¿no dices nada?—preguntó en voz baja a su hermanita.

—Martín tampoco está olvidado—continuó la señora—; he pensado también en tí, hijo mío. De día encontrarás trabajo en mi casa, pero por la noche volverás con tu abuelo; así no pasarás más frío ni hambre. Cuando seas mayor, te haré enseñar para que puedas servir como criado; pues me alegraré más tarde tener a mi servicio un joven, en quien pueda tener confianza. Espero que tú, como tus amiguitas, me daréis gozo y alegría algún día.

* * *

Este deseo se realizó. La señora no hubiera podido encontrar un criado mejor de lo que Martín es ahora; y él gana tanto, que puede cuidar muy bien a su abuelo. Este tiene una pequeña habitación en las cercanías. El domingo se ve a Martín con su abuelo, que se apoya en su brazo, paseándose por las calles, los dos muy contentos. A su lado corre *Nerón,* que está más bonito que cuando le vimos por primera vez; pues también en él los tiempos mejores han influído para bien.

Desde hace poco María es cocinera y Berta doncella en casa de la señora, y las dos tratan de mostrarse agradecidas a su bienhechora. Nunca han olvidado la lección que aprendieron en su niñez. Se dirigen en todas sus necesidades a Dios, para que Él les enseñe el camino y se acuerdan de la palabra del apóstol Santiago: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada."

¡Cuánta luz en noche oscura!
En tinieblas, ¡qué fulgor!
¿Es del alba la hermosura?
¡Ved del cielo el esplendor!
En los campos al pastor
Canta el ángel con dulzura:
"¡Nuevas de gran gozo doy;
Cristo os ha nacido hoy!"

"Jesucristo es ya nacido,
El rey vuestro celestial;
A Belén El ha elegido,
Vedle envuelto en un pañal.
Un pesebre es su señal;
Para todos ha venido.
¡Alabemos su bondad
En tiempo y eternidad!"

¿Qué podemos ofrecerte,
Rey de excelsa majestad?
A Ti unamos nuestra suerte,
Imitando tu humildad.
Tuya es nuestra voluntad,
Nuestra vida hasta la muerte.
Oye, oh Cristo, la oración:
¡Toma nuestro corazón!

Librería Nacional y Extranjera

Caballero de Gracia, 60.--Madrid (Central)

En esta librería se venden, entre otras, las obras siguientes:

EL AMIGO DE LA INFANCIA

PERIÓDICO ILUSTRADO

Esta publicación, destinada con especialidad a la niñez, tiende, por medio de artículos de instructiva y amena lectura, a formar sus corazones en las elevadas y sublimes enseñanzas de Jesucristo, inculcándoles el amor a la verdad y al bien.

Se publica el 1.º de cada mes, y consta de cuatro páginas para cada domingo, con preciosos grabados.

	Ptas.
Suscripción anual: { España y Repúblicas Americanas.....	3,00
Suscripción anual: { Todos los demás países del extranjero.	4,50
El Amigo de la Infancia. Colecciones completas de casi todos los años, que por sí solos constituyen ya una verdadera biblioteca infantil.	
Sin encuadernar.....	3,00
Holandesa (sólo los tres primeros años, 1874 al 1876) ..	3,00
Pasta o tela.....	4,00
Encuadernación de lujo.....	5,00
La Navidad de Angelita. En rústica.....	0,50
En pasta o tela.	0,75
La Cruz de Coralito. En rústica.....	0,50
Parábolas de la Naturaleza. Cinco diferentes narraciones instructivas y amenas.	
1.ª Una lección de fe.—2.ª La tierra desconocida.	
3.ª No perdida, sino transformada.—4.ª Susurro de placer.	
5.ª Una lección de esperanza. Cada una de éstas.....	0,30
La Huerfanita...	0,25
La Palomita.....	0,25
Leyendas de la Alsacia: La capa de pieles.—El Doctor de Kaisersberg.—Spitzi. Cada una de éstas.....	0,20
Historia del estudio de un pintor. Relato histórico en el que interviene un artista, una gitana y un conde.....	0,25
Cancionero de El Porvenir.....	0,50
Himnario para uso de las Iglesias evangélicas españolas....	2,00
Salterio Cristiano. Contiene la música de los himnos del anterior y casi todos los de la siguiente colección de Navidad, facilitando con ello la formación de coros a cuatro voces....	7,50
Himnos al Nacimiento de Jesús. Colección de 28 canciones antiguas y modernas.	0,25
Textos bíblicos de pared. Grandes, 17 × 24 cm.....	0,75
Pequeños, 8 × 12 cm	0,30
Tarjetas-vales para Escuelas Dominicales. Colección de 100 cuadros bíblicos, 50 del Antiguo y 50 del Nuevo Testamento.....	3,50
El Buen Pastor. Doce textos diferentes ilustrados, para niños.....	0,75
Preciosas tarjetas con el portal de Belén y los Magos. Para felicitar la Navidad y Año Nuevo.....	0,25
Cristóbal y su organillo o ¡Mi hogar, mi dulce hogar!	
En rústica	1,50
Encuadernado en pasta.....	2,00
La Nochebuena.....	0,50
La morenita perdida. En rústica	1,50
Encuadernado en pasta.....	2,00
El árbol de Federico.....	0,25
El arbolito que quería otras hojas.....	0,50
María, la madre de Jesús, por Carlos von Hase.....	0,50